

# GONZÁLEZ DÍAZ Y LA CULTURA

**G**onzález Díaz con la capacidad de análisis sutil ampliamente reconocida por todos sus contemporáneos y que hemos podido constatar en este breve acercamiento hecho a varias de las muchas facetas que fueron objeto de su estudio e intrspección, se acercó, cómo no, a examinar la situación de la cultura en Canarias y cómo no también, quedó perplejo, atónito al comprobar que en aquellos momentos, 1910, principios de siglo, nuestra tierra era un gran país de analfabetos en la que era grande, aterradora la cifra de habitantes que no había ido a la escuela, o que si fueron no habían salido con la instrucción adecuada. Esto le produce dolor, angustia, porque este espectáculo de incuria, de orfandad social y de barbarie cae enseguida bajo los ojos asombrados del turista, que quizá ante el comportamiento de nuestros paisanos, puede pensar que se encuentra en tierra inhospitalaria, en tierra enemiga porque como nos coecreta: “Aquí la incultura popular se exhibe desnuda por todas partes, la vemos, la palpamos, en mil detalles de la vida diaria: falta de higiene de las clases populares, falta de nociones elementales de ciudadanía, sin atisbos ni vislumbres de los progresos que constituyen el patrimonio general y elemental de los pueblos cultos. Un analfabeto es un

ciego y un sordo de la inteligencia pero tal ceguera y tal sordera pueden curarse. La instrucción abre los ojos y los oídos del Espíritu, integra al hombre en la plenitud de la conciencia y en la noción exacta de sus deberes, permitiéndole hacerlos efectivos, pues la enseñanza es la base de la felicidad y de la prosperidad de los pueblos, porque los capacita para ir por sí solos, porque los emancipa de toda deprimiente tutela”.

Afirma que la raíz de todos los males del pueblo canario está en ese bochorno sin nombre de la suma ignorancia que hace de nuestras clases populares simples agregaciones de personas sin rumbo intelectual, sin criterio propio, sin unidad de miras, sin ideas, sin cohesión y sin capacidad para obrar colectivamente; rebaños electorales, manadas que tras un pastor van ciegas.

Nuestro autor es muy severo en sus observaciones, pero todo ello es fruto de la aflicción y de la pesadumbre que le produce ver a su querida tierra, de la que nunca se quiso ir; porque como él decía, su trabajo estaba aquí, sumida en la más absoluta de las miserias; la miseria intelectual y así llega a decir: “Cuando nuestro pueblo se mueve no parece que se mueve sino que lo empujan. Tiene el instinto de la conservación de la defensa, pero le falta aquel impulso íntimo de

libertad y de voluntad bien orientadas que solo determina el triunfo. Todo ese cúmulo fatal de pasividades y de abdicaciones que se concretan en un fracaso público, ha de referirse a una única causa: el analfabetismo. Hay un dato continúa que nos asusta, que nos avergüenza, en lo que se refiere a la enseñanza, a estadística escolar, España va a la cola de Europa y Canarias, ¡gran dolor tener que decirlo!, a la cola de España con un 65% de analfabetismo. En Canarias —prosigue— no se lee y la causa de que no se lea la encontramos en ese desconsolador fenómeno del analfabetismo, estigma de un pueblo atrasado y miserable. No se lee, sencillamente porque no se sabe leer. De ahí que cualquiera que lea sea considerado un maestro, algo especial”. La tirada de los periódicos de la época era muy modesta para los 120.000 habitantes aproximadamente de las islas y los libros en las estanterías de las librerías no se vendían, sino que se apolillaban y no daban ni para cubrir los gastos de edición. Nuestro autor comenta sarcásticamente que “Nuestro papel impreso sólo sirve para empapelar plátanos y eso a condición de ser los pliegos grandes e inteliglibes, escritos en lengua inglesa (a ser posible)”.

Subraya que nuestro problema como el de España en general es un problema pedagógico, tenemos que avanzar y ello no se consigue si no se extiende a todas las clases sociales los beneficios de la instrucción pues, como observa de manera contundente, los problemas políticos, sociales y económicos se reducen a un problema único: cultura, cultura, cultura.

Así el poderío de los pueblos se debe a su cultura, pero un pueblo nunca lo tendrá hasta que no tenga libertad. Democracia, porque la tiranía es incompatible con la cultura y así los estadistas dignos de una democracia son aquéllos que aspiran a intruir, a educar, tomando el mando en concepto de medio y no de fin: “El analfabetismo es una servidumbre que implica las demás servidumbres, la ignorancia un yugo que supone los demás jugos”. Mucho aflige expresarse así, pero considera que se debe ser sincero a la hora de señalar las causas del atraso de este pueblo, pues “hay que poner al descubierto una raíz dañada en un árbol que amenaza ruina y tener el valor moral de decir en qué consiste la medicina, cómo debe aplicársele y cómo se debe trazar el proceso del extirpación. Y es que una de las grandes causas de este mal es la falta de idealismo del pueblo canario, su gran defecto,





que se nota en la satisfacción mezquina que muestra al encarar el presente y en la pobreza de la visión de lo futuro, pues se desatiende fácilmente de las facultades superiores y sólo anhela crecer económicamente y los países que olvidan su ideología —subraya— y desdeñan lo trascendental por serles incomprensible, se quedan estacionados en una primera etapa y sólo pueden ser bautizados a medias por la civilización moderna”.

En estos momentos, Canarias que estaba progresando económicamente continuaba en su persistente atraso intelectual viviendo sólo de la prosperidad económica y de la riqueza, pero olvidándose de otros horizontes que no fueran los horizontes cerrados y visibles que la rodeaban. Por ello ataca a ese hombre canario que se conforma con laborar y producir y que no ve otras misiones en el mundo de mayor altura e importancia y le incita a cultivarse, para que la influencia exterior lo encuentre bien dispuesto y lo fecundice porque hay que llenar nuestra tierra de cultura, educación, libertad pues “La cultura como expresión armónica, total, perfecta del desarrollo de nuestro pueblo, está por nacer entre esos hombres, la cultura no había nacido aquí, era una aspiración que en verdad no era tal porque no se quería. Si hubiéramos querido, habríamos clavado nuestra bandera en un punto más alto que el que señala nuestro nivel social. Así se ha dejado venir hasta nosotros la civilización, sin dar un paso hacia ella. Mientras crecíamos, aumentaba la población, se construían los puertos, afluían los turis-

tas, empañaba el humo de los trasatlánticos la limpieza de nuestros cielos y nuestros campos, los canarios vivíamos sin ideales, no florecíamos, no fructificábamos”.

Un pueblo sin cultura no deja huella y para salir de esta situación, tenemos que reconocer (con nuestro crítico) que nuestra casa está desmantelada, desordenada, desamparada y aún deshabitada, porque falta el gran huésped del Espíritu, que lo que podría ser un espléndido Palacio, es una choza fea, sucia, infecta.

Nuestra razón de transformación necesita aunar dos planos: uno social o moral, y otro material que nos darán como resultado la cultura, pues no basta exaltar con himnos la belleza de nuestros campos, la apacibilidad de nuestro ambiente y nuestro clima, sino que tenemos que comprometemos, luchar juntos con unas metas prefijadas y bien delineadas en orden a la cultura, pues González Díaz a pesar de su postura crítica y dura reconoce la facilidad del canario para recoger y asimilar, así como la posibilidad de obtener una cultura completa dentro del marco de su desenvolvimiento privilegiado, en contacto continuo con otras culturas. Pero para conseguir este sagrado fin: Cultura, sólo tenemos que aspirar a querer, querer y comprometernos, aportando cada uno lo que pueda; las autoridades los medios, el pueblo el interés, la colaboración en esta magna obra que nos hará brillar por nosotros mismos, base imprescindible de nuestra felicidad y de nuestro progreso.

ISABEL HENRÍQUEZ PÉREZ

IN MEMORIAM:

## DR. MARTÍN ESTÉVEZ PÉREZ

La importancia que ha tenido el Centro de Orientación Psicopedagógica de la Caja de Canarias en su proyección de atender a la infancia y adolescencia, está ligada a la personalidad humana y profesional del Dr. Martín Estévez Pérez.

Describir a una persona es siempre una tarea difícil e incompleta, cuando se trata del amigo y compañero esto aún es más complejo. Para los que convivimos durante muchos años con él, nos resulta aún penoso no contar con su compañía, haciendo fácil lo complicado, respetuoso y sensible hacia el problema ajeno.

Desde que aceptó su compromiso con el Centro, su responsabilidad y entrega fue total, el talante dialogante, de adaptación a cada una de las personas, hizo posible que la labor del equipo se viera reflejada en la eficacia de los resultados de los tratamientos que benefició a tantos niños y jóvenes de nuestra sociedad canaria. Responsabilidad que mantuvo hasta el último momento, aconsejando y orientando los diagnósticos con la precisión y el cuidado de concluir una obra bien hecha.

La dignidad con que asumió su enfermedad, fue un ejemplo de aceptar lo inevitable, comprender con valentía y entereza lo que siempre es incomprensible: El dolor y la muerte, con la serenidad del que sabe que la vida se llena de lo que hacemos y, al final es lo que queda.

Nuestro mayor recuerdo se refleja en la continuidad del trabajo, en seguir prestando una atención hacia los niños y adolescentes que acuden al Centro, servicio y profesionalidad unidos en torno a una meta que él dejó clara.

CENTRO DE ORIENTACIÓN PSICOPEDAGÓGICA DE LA  
CAJA DE CANARIAS.  
ABRIL, 1993